

ENTRE EL AZAR Y LA PRESENCIA

Reflexión sobre el libro de Jacques Monod

«Le hasard et la nécessité»

Jaime CASTAÑÉ

La vida corriente, y el lenguaje que ella configura, atribuyen al azar —o sea, a los hechos casuales, fortuitos— un amplia zona de vigencia y efectividad. El progreso científico parece ir dando fórmula y nombre exactos a cada grupo de hechos, ir definiendo cada cosa, y desvanecer así las veleidades de un azar ilusorio.

Al hablar y al vivir, ¿suponemos, por lo común, que el azar tiene primacía sobre la determinación y sus leyes? Al cultivar la ciencia, ¿supone el científico leyes más hondas que el azar, las busca, intenta describirlas con el máximo rigor, juzga provisional y aparente cualquier excepción a dichas leyes? Reconocerles carácter estadístico, cual se lo reconocen hoy los científicos de manera unánime, ¿es verlas dentro de una complejidad que las funda y desborda, pero que también se traduce en ellas cada vez con mayor exactitud, en forma cada vez más definitiva y estable? ¿O se trata de conceder primacía a la indeterminación —a las variaciones fortuitas— sobre la relativa uniformidad y fijeza de los procesos naturales?

Quedan insinuadas aquí cuestiones que en su sentido radical llevan a la disyuntiva siguiente: o bien un mundo susceptible de explicación, comprensible por la coherencia dinámica de sus energías y tal vez por la causalidad que las produce, o bien un mundo cuyas energías actúan según cauces inciertos, de modo más o menos inexplicable, de modo quizá absurdo (si llegan a contradecir la posible explicación esencial).

Sucede lo que en otras muchas ocasiones: las preguntas recién sugeridas no revelan con facilidad su importancia ni su repercusión en la vida. De hecho, hay diferencia abismal entre vivir en un mundo que tiene explicación y vivir en un mundo hostil a la inteligencia, aunque su hostilidad se esconda bajo la superficie de un esclarecedor y eficaz progreso científico, e incida solamente en el núcleo de la interrogación más radical. Esta negación profunda y oculta de respuesta, si tiene lugar, es la consabida mano de hierro con guante mullido, que nos atenaza y anula como hombres.

Pero, según piensan hoy buen número de psicólogos y científicos —acordes en ello con ciertos filósofos actuales o recientes— ser hombre significa ir buscando la posible y relativa plenitud en un marco de condiciones previas a todo proyecto individual, desde una finitud primaria y constitutiva, cuya base es la autosuficiencia de esa misma finitud, y cuya virtualidad actúa a través de los individuos dominándolos. Interpretar así al hombre es hacer imposible toda pregunta radical sobre el sentido de su existencia, y no poder *llegar* a respuestas negativas porque la negación es ya punto de partida y base del sistema ideológico.

Sin duda, hay poco tiempo para reflexiones como las que nos ocupan. Mas el hombre debe traer luz al interior de la propia vida, aun respecto de preguntas muy hondas, si ponen en juego lo fundamental; no le basta con ver superficies iluminadas pero inseguras; y menos todavía le basta con olvidar evadiéndose. Es lo contrario de evadirse el seguir con la atención puesta allí donde la habíamos centrado: en la disyuntiva de explicación real y realidad absurda.

Nos invita a reflexionar en esta dirección la lectura de un libro cuyas tesis hacen del mundo y del hombre un maravilloso producto de experiencias felices, realizadas fortuitamente en armonía con las propias condiciones de permanencia (que les dan también aptitud para un progresivo desarrollo) mientras otras innumerables tentativas, fortuitas y ciegas como las anteriores, resultan estériles.

El libro de Jacques Monod *Le hasard et la nécessité*¹ escapa

1. Les Éditions du Seuil, Paris 1970, 219 pp., 20'5x14.

Traducción española: Jacques MONOD, *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*. Breve Biblioteca de Respuesta, Barral Editores, Barcelona 1971, 216 pp., 20x12'50.

a todo juicio somero, y más al juicio de quien sólo conoce las ciencias en forma sumamente parcial, desde el exterior, sin cultivarlas por sí mismo. Lo que procede es acoger con apertura las conclusiones científicas, logradas por aplicación rigurosa de un método que las propias ciencias han establecido como válido —o sea, como objetivo y fecundo— y que en su terreno peculiar goza de completa autonomía. Sin extrapolar esas conclusiones (sin llevar las ciencias de la naturaleza a un ámbito que ni es ni puede ser el suyo) cabe el intento de esclarecer a la luz de tales conclusiones algún hecho primordial: un dato común a toda la naturaleza, revelado con intensidad muy fuerte en el centro y raíz de la vida humana.

Antes se ha aludido ya a los procesos que el científico descubre, los cuales él procura resumir en fórmulas y leyes, y expresar con armonía —de manera sistemática— valiéndose de hipótesis. Señalar dichos procesos con la mayor exactitud posible, en lo que cada uno tiene de peculiar y en sus relaciones de conjunto: he ahí el propósito y la indiscutible tarea de toda ciencia natural que merezca tal nombre. El autor de *Le hasard et la nécessité*, Premio Nobel de Fisiología por sus trabajos en el Instituto Pasteur, nos ofrece una visión purificada, una hipótesis científicamente pura, de la *vida* y de su evolución: sin resabios antropomórficos, sin mitos, con fidelidad absoluta al dato objetivo y a los cauces de la ciencia.

Para Monod la reiteración regular, uniforme, de los procesos que la biología molecular estudia, el margen de variación que esa uniformidad lleva consigo, la regular permanencia y reiteración de las formas nuevas si responden bien a las condiciones del medio donde surgen, y desde luego, el modo fortuito, inexplicable, de producirse las mencionadas variaciones —estos hechos, ahora mencionados, no hipótesis alguna gratuita y engañosa— son clave que convierte en problema claro y soluble el pretendido misterio de la vida y de su evolución.

Ve Monod ante sí una presencia fundamental, objetiva y libre de ropajes impropios: la de un mundo que evoluciona sin leyes apriorísticas, abriéndose camino por azar, realizando de modo fortuito procesos adecuados y armónicos, cuya resultante son las maravillosas leyes de la vida.

En realidad el hecho que más arriba se nombró —dato común a toda la naturaleza— viene expresado con muy discutible exactitud en las últimas indicaciones. Trátase de una complejidad objetiva (es decir, impuesta y contrapuesta al pensa-

miento humano); la forman energías y también limitaciones, y el hombre la descubre. Se nos muestra de modo seguro y primario, pero con carácter de problema, y sólo gracias al trabajo de los científicos puede ir aclarándose con progresiva adecuación. El científico ve una presencia segura y al mismo tiempo oscura, problemática, e ilumina con claridad cada vez más auténtica, aguda y comprensiva, las partes del complejísimo problema y su totalidad.

Las soluciones que Monod asume y defiende, a propósito de la vida, iluminan el problema por basarse en datos objetivos; pero también por haberse formulado según el criterio que esos datos —en su objetividad pura— imponían al investigador, con exclusión de cualquier otro principio o norma de pensamiento.

Adviértase que los juicios de valor favorables al libro, aquí expresados, no pueden excluir cierto desfase entre lo que el autor ha logrado ofrecernos en su obra y el ideal de un sistema científico objetivo y autosuficiente. Mas tampoco sería justo silenciar la sensibilidad fina y atenta de Monod, que le lleva a percibir los puntos débiles y oscuridades en la propia postura interpretativa, al igual que en otros intentos de explicación, por él criticados.

Si volvemos a la disyuntiva anterior de «explicación real» o «realidad absurda», aparece indudable en la postura del autor la preocupación por ver el verdadero rostro de la realidad, por explicarla sin apartarse de ella, antes bien, tomándola como guía primera y única: fuera de su jurisdicción, ni los criterios apriorísticos ni construcción alguna de la mente evitan el sinsentido (el absurdo real) cuando se los usa como respuesta a los problemas del mundo y de la vida.

Así piensa Monod. Nadie es dueño de las leyes naturales, para poder anteponerles normas de racionalidad cuyo origen primero y decisivo no venga dado por la misma naturaleza. Si en ella lo fortuito, el azar, funda la presencia de la vida y de su evolución, nadie puede excluir el azar en nombre de la razón y precaverse de un error esencial, que llega al sinsentido, al absurdo. Ahora bien, ahí está la ciencia con sus datos a favor de un desarrollo vital selectivo producido por azar, y por la permanencia de ciertos frutos del azar.

El autor elabora una síntesis de gran amplitud, coherente y acorde con los hechos y postulados científicos; síntesis que por

lo demás hoy coexiste con otras, en el ámbito de la ciencia. Algo que Monod apenas examina, es la cuestión de si un sistema tan objetivo y tan bien trabado se construye sobre bases previas, las cuales le condicionarían, o forma un todo incondicional, absoluto, autosuficiente. Parece faltar el estudio de esa «cuarta dimensión»; y sin él queda aún profunda inseguridad. No basta con haber estructurado una síntesis objetiva, coherente, capaz de ir descubriéndonos nuevas verdades. ¿Dónde empieza y se basa la construcción? ¿O no necesita base exterior alguna, por sostenerse en los propios datos que ella de por sí estructura y engloba?

Para Monod los datos surgen, cobran presencia; e igual ocurre con las normas de coherencia científica, y con los recursos de progreso o fecundidad. En este surgir y manifestarse —notémoslo bien— algo se insinúa y se presupone. La presencia que cobran los datos en el interior del sistema científico, deriva de una presencia anterior, más honda: la que los datos tienen de suyo, en sí mismos, conózcalos o no la ciencia. De manera análoga, hay en las normas o leyes científicas una presencia radical: su peculiar autopresencia, que el investigador sólo descubre. Incluso la mente humana del investigador se encuentra consigo, presente en sí, unitaria y autotrasparente.

El saber científico resulta —va resultando, en los individuos como también en la historia— de la armonía y compenetración entre las «presencias» originarias aludidas. En particular adviértase que la mente dista mucho de ser un superproducto inerte y maquinal, situado por la naturaleza al fin de la cadena de producción; la mente enjuicia los datos, y el porqué de los datos, en toda la amplitud y hondura de la naturaleza; los ve desde la propia unidad mental interior; no los computa a ciegas, para que luego la máquina los vea y los enjuicie.

Tal vez Monod pone el azar en el núcleo del sistema interpretativo con seguridad poco discreta. Le dan motivo para su actitud cierto número de hechos, leyes científicas y postulados: lo suficiente para una hipótesis firme, entre varias que la ciencia actual propone, pero firme en el referido terreno de postulados, hechos y leyes científicas, sin que conste la validez de la hipótesis más allá de donde permiten ir esos recursos, ni más acá de donde tales recursos aparecen. Tiene importancia la seguridad interna de la nación, pero importa además la seguridad en las fronteras. La política internacional carece de sen-

tido, si sólo mira la situación interna del propio país y la proyecta, sin más, al exterior.

Con ello quizá se exprese la inadecuación de todo sistema «científico» (construido según los métodos de la ciencia natural) que pretenda ser absoluto. Demos por admitido que Monod excluye esa pretensión. Si es así, su afirmación del azar ciego, fecundo y originario —asistido por la necesidad, que fija nuevas formas, capaces de cumplir las exigencias del entorno— es afirmación con validez solo provisional.

Antes que la ciencia, a nivel más profundo, y con dimensión de verdadero factor explicativo, está la *presencia* que en varias de sus manifestaciones hemos podido reconocer como ineludible y fontal. Cerciorados de ella, y puesto provisionalmente el azar en el núcleo del sistema científico, se impone la pregunta: ¿Qué relación hay *entre el azar y la presencia*? La continuidad y armonía no resultan claras. Entre el *azar* (según Monod lo concibe y afirma) y la *presencia* —que todo sistema científico presupone— hay una interrogación radical.

Lo radical de la interrogación obliga a dejar en suspenso la coherencia y objetividad científicas del autor (las que él configura según la hipótesis del azar) y buscar nueva luz en la fuente de esa misma coherencia y objetividad, a nivel más profundo que el de la hipótesis. Pero debe precisarse la razón de la pregunta. Valga una sencilla y muy breve explicación de este punto crucial, para concluir.

Intenta Monod una síntesis ajustada a los hechos, armónica y fecunda. Si llega a darle estructura y validez, lo cual no parece discutible, la afirmación del «azar» sólo interviene, a lo sumo, reducida a la función de prevenir hipótesis no fundadas y situar al investigador ante los hechos desnudos. La mencionada función es valiosa y necesaria. Únicamente se pone en duda y se discute su identificación con el *azar*, si por una parte dicha identificación es algo que el científico supone, sin verla jamás en el ámbito de los hechos, y por otra parte, el absurdo no traduce la *presencia fontal* de los datos, de los principios y leyes, ni del propio dinamismo con que la mente procura adentrarse en el *misterio* de la vida y del mundo.